

reborde interior de la pandereta de la muda, mientras decía á ésta última :

— Esto es para arrojarlo desde lo alto de la torre. No te olvides de avisar á Fiamma, quien se presentará á ti, haciéndose conocer enseguida, que debe abrir la puerta del hogar de Nesle, en cuanto suene la media noche, á las personas que se presenten en ella, dando como santo y seña estas dos palabras que constituyen mi divisa : « A todo. »

VIII

UNA BALADA DE RONSARD

La fiesta estaba en todo su apogeo en el salón gris plateado del Hotel de Nesle.

Como quiera que pasara el tiempo sin que nadie pudiera decir si se celebraría ó no el baile en que debía tomar parte el rey, número el más interesante de la velada, los mismos que con éxito extraordinario danzaran la primera pavana, de la que hablamos en uno de los capítulos anteriores, danzaron otra, y luego una tercera.

Eran los bailadores, hombres y mujeres, clientes asiduos de la casa de las miñonas. La formalidad les duró poco. Paulatinamente, y casi sin darse de ello cuenta, fueron acentuando la libertad de sus movimientos. Animados por las frecuentes libaciones, ligeras las piernas, calientes los cerebros y sueltas las lenguas, diéronse á divertirse á sus anchas sin acordarse ya, ni aun remotamente, de la reciente caza á dos máscaras que habíase

terminado con vilipendio para los perseguidores, á la puerta misma del salón de Coconás.

La pavana degeneró en *antigualla*, baile corrido que fué como el precursor de la farándula, y la alegría desbordante de los que en ella tomaban parte acabó por llamar la atención de las personas formales reunidas en los salones vecinos.

Las que ocupaban el azul fueron las primeras en extrañarse del ruidoso espectáculo, por lo que Dorat, Belleau, Ponthus de Thiard y Baif se acercaron á la puerta de comunicación, deseosos de ver lo que ocurría. Y fué tal la alegría que se reflejó en aquel momento en sus semblantes, que el señor de Bourdeille, y el gran cirujano Paré, intrigados, se acercaron á su vez.

— ¿Qué es lo que pasa? — les preguntó desde lejos la reina.

El señor de Brantome volvió hacia ella para decirle :

— Dignese vuestra majestad molestarse un momento : la cosa vale la pena. Es de creer, señora, que esas damas, lo mismo que sus caballeros, tienen el diablo en el cuerpo. A fe de cronista os aseguro que hay ahí deliciosos modelos para mis *Damas galantes*.

Sonrió Luisa de Lorena, y dejó su asiento, seguida de Maria de Villanueva-Marsan y de Margarita de Harcourt.

Habiéndose apartado respetuosamente las personas agolpadas á la puerta, las tres damas pudieron contemplar á su sabor el espectáculo. Y como al mismo tiempo hubo de producirse análogo movimiento de curiosidad en el salón blanco, la puerta situada frente por frente

de la á que se asomaba la reina servía de marco á una porción de caras situadas en planos diferentes, pues detrás de las del duque y la duquesa de Guisa, asomaban las de la duquesa de Chevreuse, Enriqueta de Cleves, Jannie de Goulaine, las de los dos Entragues, la del duque de Nivernais y la de Montluc.

Al principio, Maria de Villanueva no vió nada. Las parejas epilépticas iban y venían danzando, ó mejor dicho, moviéndose sin ritmo ni medida, formando un conjunto de tal modo inquieto y policromo, que brazos, piernas y cabezas, parecían parté integrante de un solo animal, monstruoso é inverosímil.

Peco de pronto palideció, pareciéndole que la sangre se detenía en sus venas. Acababa de reconocer á la inglesa, á la mensajera recibida por ella en Bonaguil y que la había acompañado á París, á la mala consejera de Solange.

— Majestad, — balbuceó temblorosa — esa mujer, esa silesiana...

— ¡Bah! No hagáis caso, marquesa. Aquí, — dijo Luisa — hay esta noche gentes de todas las clases sociales. Esa es una insular del norte, miss Huming, agregada al servicio personal de mi real suegra.

— Ya lo sé, majestad. Precisamente por causa de ella mi hija...

La reina la interrumpió.

— A propósito. Vuestra hija, que es preciosa por cierto, ha desaparecido. Por lo menos ya hace rato que no la veo por ninguna parte. ¿Dónde se habrá metido esa niña?

Afortunadamente para la marquesa un nuevo ruido, formidable, llamó de pronto la atención de la reina, dejando en suspenso la conversación que amenazaba con tomar mal rasgo.

Produjo el ruido una salva de aplausos de los espectadores agrupados en ambas puertas, quienes manifestaban su sincero entusiasmo en presencia de la dislocante y extraña coreografía de las cuatro parejas de que ya hemos hecho mérito.

Y sucedió entonces que los bailarines, sorprendidos á su vez viéndose objeto de la curiosidad general, detuviéronse un momento; y comprendiendo enseguida que, lejos de chocar á las personas formales sus movimientos aprendidos en las cenas orgiásticas de casa de la Pulpa, parecían por el contrario merecer su aprobación, reanudaron su danza loca.

Acompañados por la música, y creyéndose autorizados para franquear los límites del salón, que parecían ya muy pequeño, organizóse la farándula, y se desarrolló invadiendo los dos salones vecinos, hasta los que llegó en galope tempestuoso.

Por lo extraordinario é imprevisto, tal espectáculo llamó la atención de los burgueses, que suspendieron sus distracciones y hasta sus diálogos para ver mejor, para admirar, aunque fuese á distancia, la extravagante ronda de la juventud dorada en estado de demencia.

El ofidio multicolor, deslizándose por entre el duque y la duquesa de Guisa, dióse á desarrollar sus anillos á lo largo de los muros del salón blanco; su cabeza hablaba, interrogaban sus escamas y respondía la cola.

Y por si alguien no entiende estas sutilezas, digamos que se trata de una serpiente humana constituida por nuestras miñonas y miñones agarrados de las manos.

— ¡Buen baile! — decía Chicot arrastrando á Ayela, quien á su vez arrastraba al gordo Schomberg. — He asistido sin embargo á otro en el que se sudaba más.

— ¿Puede saberse cuál, señor gascón?

— El del Prado de los Clérigos, amiga mía; á él asistió, como recordarán estos señores, cierto caballero cuya espada calentaba más que un rayo de sol.

— Un famoso refinado; — dijo Riberac.

— Al cual no soy yo inferior de ningún modo; — objeto Schomberg. — Y si no, que lo digan estos señores.

— ¿Cómo inferior? — gritó Chicot. — Tú estás cien codos por encima de él, señor conde del Tonel...

— Gracias por esa justicia.

— Pero solo con el vaso en la mano, — concluyó el gascón, entre las risotadas de su compañero.

Al pasar por el salón gris plateado, la alegre comitiva quedó reforzada con Joyeuse, Libarot y el barón de Tournemire. Estos tres miñones debían figurar en el bailable del rey; por eso, al verlos unirse á la farándula, su presencia fué acogida con varios y muy diversos comentarios.

— ¿Es que vá á empezar el bailable? — preguntó uno.

— ¿Venís á anunciarlo? — dijo otro.

Los tres recién llegados contestaron sucesivamente :

— El rey se hacía vestir...

— Su humor era excelente...

— Y de pronto se ha puesto serio, negándose á que le pinten la cara.

Este breve diálogo tuvo lugar sin que los que lo sostenían, englobados en la cadena animada, se detuviesen ni un momento.

Cuando los tres que acababan de incorporarse á aquella pasaron ante el duque de Guisa, éste tocó con el codo á Juan de Montluc, quien comprendiendo sin duda lo que aquella seña significaba, hubo de interpe-
larles.

— ¡Un momento, señores! Es de creer que los vapores que sufre su majestad no le impedirán presentarse esta noche ante sus fieles súbditos.

Por toda contestación los tres interpelados movieron la cabeza en signo de duda y pasaron.

Frunció el de Guisa el entrecejo y su mirada dura fué á cruzarse con la de su hermana. La ilustre coja y él se entendieron sin hablar. ¿Es que un estúpido incidente iba á obligarles á recurrir á la fuerza y á hacer asaltar la torre de Nesle luego de haberlo preparado todo con gran minuciosidad para evitar toda violencia? Sería ello muy sensible; porque si bien Saboya-Nemours habíales puesto al corriente de sus intenciones favorables á los proyectos de los conspiradores, los servicios ofrecidos por el inverosímil retrato vivo de Sed de Sangre éranles tan sospechosos como la persona misma del gentilhombre.

Entretanto la farándula había invadido el salón azul arrastrando en su órbita, como una tromba, á ligueros y realistas, y comenzó á formar una ronda en torno del

asiento en el que, solo é indiferente á todo, el poeta Ronsard acababa su trabajo de cincelar sus rimas.

— Señores, — dijo Ayela — nuestro Homero versifica como si lo viera, algún cuento galante.

— A menos que no sea una elegía.

— Ó un romance.

— No : debe tratarse de algo heroico, porque los versos son largos...

— No mucho, — dijo Dorat. — Me parece que se trata de octosílabos.

— ¡Octosílabos! — exclamó miss Huming — ¡Qué palabras tan raras usan estos poetas!

— En fin, sepamos de una vez de qué se trata; — observó un impaciente.

La ronda había estrechado el círculo, y los más atrevidos se inclinaban, para curiosar, al pasar por detrás del sordo imperturbable que seguía escribiendo, como si no fuese objeto de la general atención.

Chicot, haciéndose el enterado, exclamó de pronto :

— Señores, es un nuevo canto de la Iliada.

— ¡Una balada! — dijo Baif mordiéndose los labios.

— Sí, una balada épica; — explicó Pontus de Thiard.

Alguien preguntó :

— ¿En honor de quién? ¿Del rey? ¿De Lorena? ¿De Navarra? ¿De Condé?

— Señores, — dijo Mercœur — yo creo que en esa poesía se trata de nuestro caballero.

— ¿Del entortador? — gritaron simultáneamente Rolando, Joyeuse, Tournemire y Libarot.

Y el oído perezoso del señor de Ronsard debió per-

cibir el cuádruple grito, por cuanto luego de mirar hacia ellos se puso en pie, quedando en el acto todo el mundo inmóvil, mientras el poeta, indiferente á las miradas clavadas en él, buscó con la suya á Luisa de Lorena, y habiéndola encontrado, la saludó profundamente diciendo :

— Con el permiso de su graciosa majestad, oid este hecho del día, hermosas damas y gentiles señores.

Luego, con voz lenta y bien timbrada, el poeta declamó, mirando alternativamente á sus oyentes, los versos que acababa de componer; sátira fina y visible alusión á la famosa estocada de Spolto, que practicaba con éxito sorprendente el ya famoso caballero Sed de Amor.

Excepción hecha de Remy Belleau que debía unirse á los ligueros, todos los demás aplaudieron calurosamente la lectura de la poesía. Sin embargo, al oír el ruido de aquellos aplausos, el duque Rolando, rojo de cólera, se atrevió á decir en presencia de la reina :

— ¡ Habéis mentido, señor de Ronsard ! Vuestro caballero no es más que un fugaz meteoro de contrabando al que atravesaría ahora mismo de parte á parte si tuviera la osadía de presentarse.

Los que oyeron el audaz desafío se taparon los oídos temerosos de que estallase de pronto una tempestad formidable. No fué así sin embargo. Una voz vibrante y enérgica se hizo oír, pero no preñada de cólera, sino antes al contrario, de todo punto tranquila.

— ¿ Me habéis llamado, señor duque ? — decía la voz.
— Pues heme aquí.

Y al mismo tiempo vióse avanzar á Sed de Amor, quien con gran calma, y excusándose cortés por verse precisado á abrirse paso entre las damas y los caballeros, adelantábase hacia Rolando, seguido de la joven desconocida disfrazada de japonesa; la misma que poco antes hubo de refugiarse con una amiga en el salón de Coconás para burlar á sus impetuosos perseguidores.

El barón Tournemire, el duque de Joyeuse, Libarot y Remy Belleau habíanse agrupado instintivamente en torno al rey de los refinados, cuya situación parecía poco airosa con motivo de su reciente procacidad; y coincidiendo con ese movimiento, por explicable coincidencia ó tal vez por consejo del entusiasta Chicot, éste, con Mercœur, Riberac, y Schomberg, se acercaron á su vez al caballero.

En presencia de tal maniobra, todos los allí presentes temieron que se produjera un choque inmediato y terrible. Todas las miradas se apartaron del excéntrico kimono de la japonesa para fijarse, con temor ó curiosidad, en el hermoso y varonil semblante de Bernardo de Arma, quien ajeno á su éxito personal continuaba abriéndose paso y excusándose tímidamente de la molestia que pudiera ocasionar.

¿ Y era aquel el duelista terrible, el leoncillo suelto cuyas hazañas, realizadas en brevísimo espacio de tiempo, en el intervalo de pocos días, eran la comidilla de cortesanos y burgueses, que las comentaban con admiración y pasmo ?

Recordando las proezas que se le atribuían, las seño-

ras fijaban sus miradas inquietas y curiosas en el joven caballero y hasta la misma reina, pacífica por temperamento, sentíase inclinada á intervenir, en caso necesario, en favor del paladín que la balada de Ron-sard habíale hecho apreciar en su justo valor.

Los gentileshombres por su parte, desde el más encumbrado al más modesto, seguían con la vista la marcha del hermoso luchador, verdaderamente interesados, sin que se sintiesen mortificados al observar que el valeroso entortador se llevaba de calle las simpatías femeninas.

También Enrique de Guisa lo contemplaba, dando de mano por un momento á sus preocupaciones de pretendiente y de conspirador. Era un hombre de guerra, conocedor profundo de las cualidades varoniles, y en este concepto admiraba sin reservas la actitud de Sed de Amor, murmurando al contemplarlo :

— Eso es un hombre. ¡Ah, si yo tuviera muchos como ése!

Bernardo había conseguido por fin colocarse, cruzado de brazos, frente á frente del duque.

En este momento dió Brantome con el codo á Ambrosio Paré, preguntándole á media voz :

— ¿Podrías distinguir al uno del otro, maestro, si os presentasen igualmente vestidos á esos dos hombres?

— Tiene razón el señor de Bourdelles; — dijo alguien, cerca de ellos. Es un parecido de todo punto sorprendente.

Las señoritas de Limeuil y de Saint-Remy sonreían maliciosamente.

— Se comprende — murmuró la primera — que Ayela haya podido equivocarse.

Maria de Villanueva-Marsan temblaba como una azogada. Acababa de reconocer en Bernardo á su caballero de escolta, al defensor de su Jacobo, al hombre que era viviente retrato de su hermana Blanca. El otro, el provocador, era sin duda el protegido de la italiana y del falso marqués, el raptor de Solange.

El cirujano hugonote interpelado por Brantome había examinado atentamente á ambos antagonistas.

— Es extraño, — dijo. — Para distinguirlos, seríame preciso tenerlos bajo mi escarpelo en la mesa de operaciones.

Los demás circunstantes respiraban apenas, por efecto de la emoción. El silencio, que duró un momento, hacía pesado.

De pronto resonó vibrante la voz de Bernardo.

— Vaya, señor duque, — decía — el fugaz meteoro se encuentra en vuestra presencia. ¿Por qué no tratáis de atravesarlo... como en Prado de los Clérigos?

Rojo de cólera, Rolando llevó la mano á la empuñadura de su espada, al mismo tiempo que Carlòs de Entragues se precipitaba hacia el duque de Guisa.

— Alteza, — le dijo en voz baja — ese joven caballero debe ser el enviado del rey de Navarra. Al llegar á París llevaba en el sombrero una rama de muérdago en flor.

El pretendiente arrugó el entrecejo murmurando :

— Que no me lo estropeen.

Luego levantó la voz para ordenar con energía :

— ¡Ténganse todos por Dios! Y quietos los aceros... Desenvainarlos en presencia de la reina, señor de Nemours, sería considerado como crimen de lesa-majestad y podría valerlos el hacha... en la plaza de la Greve.

— Señor primo, — contestó Rolando con risa forzada — supongo que no habéis creído que la cosa iba de veras.

— De veras hubiera ido sin la longanimidad del caballero; pues vuestra provocación imperdonable en este sitio no daba motivo para otra cosa.

— Fué una broma, señor, con la que quise contestar á la broma rimada del señor de Ronsard.

— Un poco más pesada que la de éste; — insistió el de Guisa.

Entonces Rolando, comprendiendo lo falso de su situación y deseando poner término á la misma, se acercó al duque diciéndole á media voz:

— Perdonad, alteza, al más leal de vuestros partidarios. Tal vez me excedí en mi lenguaje; pero ello se debe á que ni vos ni yo, discípulos de Marte, entendemos gran cosa en el lenguaje del divino Apolo.

El incidente parecía terminado. Luisa de Lorena volvió á su asiento entre María de Villanueva-Marsan y Margarita d'Harcourt, mientras que damas y caballeros, para distraer á Sed de Amor y calmarle sin duda, lo empujaban hacia el salón de baile. Solo Remy Belleau se quedó cerca de Rolando, interesado como estaba en mostrarse servil con él.

Aun cuando la calma, un instante turbada por la

provocación de Rolando parecía renacer, nadie prestaba atención á la música, que tocaba inútilmente. extrañábase en cambio todo el mundo de que el rey no se hubiese hecho anunciar todavía, excepción hecha del de Guisa y Rolando, quienes habían continuado en secreto su diálogo, que se terminó de este modo:

— Si lo que acabáis de decirme es cierto — afirmó el duque — si ese brabucón desconocido á quien por informes equivocados consideraba ya como uno de los nuestros, es el aventurero peligroso que acabáis de describirme...

— Fácil ha de serme probarlo; — dijo Rolando. Y el duque continuó:

— Dejadme que acabe. Si es cierto que ese hombre se entiende con el hereje Salem Kebir, cuyos maleficios tanto nos han perjudicado, os lo abandono.

— Es un temible espadachín, alteza.

— Comprendo. El importante trabajo de esta noche debe hacerse sin escándalo; y ese mocito, si llega á enterarse, puede armar bulla, cerrar contra nosotros y aun llamar en su auxilio á algunos de mis favoritos con los que parece está en muy buenas relaciones... No es eso lo que queréis decir?

— Eso mismo, alteza. Ha logrado ese hombre tornar la cabeza de algunos de los vuestros, y lo que es como haya batalla...

— ¿Batalla? ¡Cuerpo de Cristo! Ya he dicho que á ningún precio toleraré ruido de lucha en este sitio. Ello equivaldría á infundir sospechas, á poner los

guardias en movimiento, y ya sabéis que tenemos aquí caza mayor de que apoderarnos esta noche.

— Sin efusión de sangre á ser posible. En efecto, Alteza; — dijo Rolando. — Y para conseguir eso he imaginado un medio de poner á ese matasiete al alcance de ciertas espadas contra las cuales consentirá sin duda en cruzar la suya en silencio.

— ¿En silencio? — repitió Enrique de Guisa. — En Dios y en mi ánima, primo, debo deciros que se me antoja que sois un nigromante.

Sonrió Rolando, respondiendo al punto :

— No: pero soy observador y sé deducir. Y eso es más de lo que se necesita en casos como el presente. El brabucón de quien hablamos solo tiene una superioridad sobre nosotros.

— ¿Su entortada?

— Sí, señor; su estocada secreta.

— ¡Bien sabe el hombre servirse de su dardo!

— Yo se lo arrancaré.

— ¿De qué modo? — preguntó curioso el duque.

— Ese titulado caballero, — dijo Rolando — es de mi país, según me han dicho, y yo conozco los defectos de mis compatriotas. Llevemos á ese individuo á un sitio cualquiera algo apartado, con pretexto de que nos cuente sus prodigiosas aventuras; entusiasmemonos con el relato de la historia del aprendizaje de su estocada secreta; que algunos de nosotros se muestren escépticos, que formulen dudas y hablen de paradas fáciles...

Y ya veréis, monseñor, cómo nuestro gascón, picado

su amor propio, no podrá resistir al deseo de hacer una demostración práctica, y...

— Y el imbécil — concluyó el de Guisa — os enseñará su modo de proceder, del que os serviréis en el acto contra él mismo para probarle que le habéis escuchado con atención. Bien, bien, me parece muy bien. Id pues, señor duque. Mucha es la confianza que tiene ese hombre en sí mismo y ya iba haciéndose me antipático. Yo por mi parte voy á enterar á la duquesa de vuestro proyecto. Con seguridad que lo encontrará muy divertido.

Diciendo y haciendo giró el duque sobre sus talones, alejándose en el acto mientras Rolando se unía á Remy Belleau, poeta batallador y ligero ambicioso.

Un momento después incorporábase este último á los miñones que dialogaban cordialmente con Bernardo de Arma, procurando al mismo tiempo intrigar á la gehisa nipona que continuaba enmascarada. Con gran contento suyo pudo enterarse de que la conversación giraba sobre la famosa estocada secreta, que la poesía de Ronsard, *La entortada*, debía hacer célebre en brevisimo tiempo.

— Señor caballero, — dijo poéticamente Remy, aprovechando la ocasión por él buscada, — desde que os mezclasteis á nuestra danza, esta ha perdido todos sus atractivos. Si en justa compensación consintierais en favorecernos con el relato de algunas aventuras de las que fuisteis héroe, ello sería un verdadero regalo para nosotros por el que os quedaríamos muy obligados. ¿No pensáis como yo, señores?

— Tiene razón; — dijeron algunos.

— Es un medio excelente para pasar el tiempo.

— La verdad es — apuntó alguien — que nos aburrimos soberanamente en espera de un soberano que no acaba de llegar.

— El caso es, — dijo Sed de Amor, moviendo la cabeza — que nada me ha ocurrido de extraordinario; podéis creerme. Por otra parte, las damas os reclaman, señores.

— Se conoce que no ois sus conversaciones; hablan de trapos, asunto interesantísimo para ellas.

Las interrupciones se sucedían rápidas.

— La fiesta se desanima.

— Y el bailable del rey parece suprimido.

— Referidnos la historia de la entortada, caballero.

— ¡Pero si no tiene historia! — decía Bernardo.

— ¡Vaya si la tiene! — dijo una voz femenina de timbre delicioso, que habría hecho estremecerse á Juan du Gaz si éste se hubiera encontrado allí presente. — Y muy interesante por cierto.

Todos los circunstantes volviéronse entonces hacia la japonesa, que era la que acababa de hablar.

— Puesto que la conocéis, mascarita, — dijo Sed de Amor — ¿á qué pedirme que la cuente?

— Porque solo conozco una parte de ella, que me hace desear conocerla por completo.

Remy Belleau bendecía en su fuero interno la eficaz ayuda que sin darse cuenta de ello le prestaba la interesante máscara, preguntándose de paso si la japonesa

no sería, como él mismo, una cómplice del duque de Nemours.

Bernardo continuaba resistiéndose.

— Mascarita, — decía — el lugar no me parece el más indicado para confidencias del género de las que se me piden.

— Pues con irnos á otra parte...

— Donde quiera que vayamos estarán en mayoría las damas, que no gustan de oír hablar de estocadas y mandobles.

La japonesa le interrumpió :

— Puedo aseguraros, caballero, que si accedéis á nuestras súplicas he de llevaros á un sitio donde no ha de seguirnos ninguna señora, excepción hecha de mí, naturalmente.

Los demás escuchaban sin interrumpir á la máscara, que parecía hablar en serio y con gran aplomo, y el poeta liguero por su parte la bendecía interiormente, admirando y regocijándose de su tenacidad, verdaderamente oportuna.

— ¿Puede saberse dónde queréis llevarnos? — preguntó Bernardo.

Y sin hacérselo repetir contestó la japonesa :

— Al salón de Coconás.

Hubo un movimiento de sorpresa entre los reunidos al oír estas palabras. Chicot se encogió de hombros rezongando :

— Mala elección me parece la de ese antro maldito. Como que nos exponemos á rozar el albornoz de monseñor el diablo rojo.

Bernardo se animó de pronto. Hubiérase dicho que la contrariedad reflejada en todos los semblantes le impulsaba á tomar una determinación rápida como todas las suyas.

— ¿Un diablo rojo, decis? — exclamó sonriente. — Pues sabed que aún no he visto ninguno. Si ese de que habláis habita el salón de Coconás, pareceme que el sitio no puede estar mejor elegido para mis confianzas, y en el domicilio del diablo rojo narraré á quien quiera oír la sencilla historia de mi encuentro con Spolto-Dulci, el inventor de la estocada cegadora.

Así diciendo dirigióse hacia la puerta de dicho salón, que con asombro general abrió la japonesa sin esfuerzo alguno.

Aunque brillantemente iluminado, el salón de Coconás estaba vacío. En él entraron los brillantes caballeros, recobrado ya el aplomo al darse cuenta de la ausencia de Mammouth el rojo, y en él entró también la gehisa.

— Hermosa mascarita, — le preguntó Chicot cerrando la puerta por la que acababan de penetrar — ¿no nos darás aquí la satisfacción de descubrir tu divino semblante?

Sin hacerse de rogar, la japonesa se quitó el antifaz.

Y al ver su rostro, todos los presentes exclamaron sorprendidos, casi simultáneamente:

— ¡Fiamma! ¡Fiamma, la protegida del señor Salem-Kébir!

IX

EN EL QUE CORTOMONTEL HACE DE REY

Debemos al lector una explicación. Estamos en el deber de decirle cómo y porqué Sed de Amor había podido presentarse ante el auditorio del poeta Ronsard en el momento psicológico, siendo así que fuerzas numerosas rodeaban el Hotel y la torre de Nesle con orden de alejar á todo trance á quien pretendiera acercarse á dichos edificios.

Para enterarle de ello, hemos de volver un poco atrás, llevando de nuevo al lector al Priorato del Cuenco.

Trastornado por su dolor, Bernardo de Arma hubo de pasar las últimas horas de aquella noche trágica cerca del lecho en que descansaba, insensible y fría, la pobre Solange de Villanueva, la víctima de una pasión tan irreflexiva como desgraciada.

Cerca de él, aunque sin mostrarse, hallábanse Fiamma y Juanola, á quienes el gran marqués había recomendado acudir en auxilio del joven en caso de